

LOS SALMONES: OTRO “SUELDO DE CHILE”

Mario Weissbluth

Julio 2000

La Tercera

Solíamos decir que el cobre era “el sueldo de Chile”. Hoy, estas exportaciones representan algo así como 6 u 8 mil millones de dólares, dependiendo del volátil precio. En cambio, de salmones y otros productos de acuicultura llegamos a cerca de mil millones de dólares. Mucho para una década de avances, poco para lo que necesitamos.

¿Podríamos aspirar a cifras de exportación parecidas a las del cobre? ¿Queremos hacerlo? ¿Qué tenemos que hacer para que “ese mar que tranquilo te baña” nos prometa, de veras, futuro esplendor?

Agua rica en oxígeno y nutrientes, la hay como en pocas partes del planeta gracias a la corriente de Humboldt. Rangos de temperatura que van de 6 a 18 grados nos permitirían cultivar casi cualquier variedad de pez o marisco, excepto las tropicales. Costa, tenemos literalmente decenas de miles de kilómetros, si es que pusiéramos en línea recta la intrincada geografía del litoral. El desarrollo de esta industria podría generar más de 100.000 empleos adicionales. Se fortalecería la economía de la totalidad de las regiones. Generaríamos demanda por insumos agrícolas. Le daríamos más valor agregado a la harina de pescado. La industria pesquera mundial está claramente llegando al límite de sus posibilidades de captura en alta mar. Demanda mundial hay, y es creciente. Y entonces... ¿en qué topamos?

Topamos en una regulación anticuada y burocrática de las concesiones de agua. Debiéramos estar otorgando 5 veces más concesiones, a 5 veces la velocidad con que hoy día se otorgan, de manera que la industria pueda a la vez expandirse y poder rotar los sitios de cultivo, para así preservar la ecología de dichos sitios. Los primeros interesados en preservar la ecología de la industria acuícola son los acuicultores... por la sencilla razón de que son los primeros en sufrir la contaminación en carne propia. Tampoco se pueden constituir garantías hipotecarias sobre las concesiones, lo cual permitiría inyectar más de 100 millones de dólares en financiamiento al sector de un solo plumazo. En suma, topamos en la legislación y en la eficacia de la institucionalidad del aparato regulatorio en esta materia.

También topamos en la infraestructura vial y portuaria, que debemos desarrollar a toda velocidad. Hemos avanzado un enormidad en la materia, y la Carretera de la Costa va a abrir grandes posibilidades, pero hasta hoy el tráfico de la X Región se congestiona de manera imposible en épocas de cosecha de salmón.

Topamos en que prácticamente no hay recursos humanos, ni conocimiento ni tecnología, ni sistemas de disseminación de información sobre cómo cultivar choritos, u ostiones, o halibut, u otras variedades. La cantidad de expertos y de publicaciones científicas respecto al tema, en ámbitos como genética, biotecnología, contaminación ambiental, oceanografía, salud de peces y mariscos, control de enfermedades, técnicas de nutrición, o procesamiento de productos, es virtualmente nula comparada con estándares internacionales, y es insignificante respecto a las necesidades y el tamaño de la oportunidad que tenemos por delante. Debiéramos estar invirtiendo no menos de 10 millones de dólares al año en esto.

Topamos en que no hemos sido capaces de posicionar la “marca Chile” en esta materia. Los únicos que nos conocen son los distribuidores mayoristas. El consumidor final del mundo tiene muy poca idea de que, cuando está comiendo “salmón ahumado noruego” en un restaurant de Tokio, hay una elevada probabilidad de que sea chileno. Me imagino que no será tan difícil ahumar el salmón y ponerlo en un envase atractivo. Lo difícil es que nos pongamos de acuerdo en que este país se decida a gastar otros diez millones de dólares al año, o sea, el 1% de las ventas, en posicionar la marca.

En suma, topamos en que somos pocos osados, poco agresivos, poco soñadores... y en que las etiquetas ideológicas absurdas no nos han permitido, al menos hasta ahora, articular una cooperación verdadera entre el sector público y el sector privado, y al interior del sector privado. Un Plan Nacional de Acuicultura, técnico, regulatorio y financiero, no nos vendría nada de mal, y ojalá que los ayatolas de la ortodoxia macroeconómica no nos vayan a salir con esa de que mejor no hacerlo, porque sería “alterar las sagradas reglas del mercado”. Ninguna empresa chilena, por si sola, podrá abordar los tremendos desafíos arriba mencionados. A ver si ahora, con un Subsecretario de Pesca que viene del sector empresarial, nos atrevemos de una vez por todas.